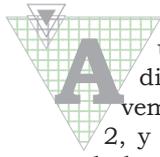


# Reivindicación del Orgullo Gay, Lésbico y Transexual

# Vamos a cruzar la acera

▶ *Justo L. Cirugeda*



Aunque menos de lo que se dice, es verdad que a veces vemos los documentales de la 2, y que uno de los fenómenos de la naturaleza que no dejan de llamarnos la atención es el del mimetismo. La cámara nos muestra una selva tropical, por ejemplo, y de repente descubrimos que lo que parecían unas hojas dispuestas al azar o un tronco de árbol cualquiera, no es otra cosa que una exótica especie animal conformada en aras a la difícil supervivencia, haciendo gala genética de una complicadísima estrategia de disimulo y ocultación. También, aunque a un nivel más elemental por lo cercano, nos hemos reído de esas avestruces que, por ocultar la cabeza en la tierra, creen que nadie repara en su presencia. Tras escuchar lo que ha dicho el filósofo francés Didier Eribon a su paso por España –la socialización primera de gays y lesbianas, su noción inicial de lo que quizá sean o vayan a ser y de su posición ante los demás sigue realizándose a través del insulto y del rechazo general– podemos afirmar que ciertos enemigos de la comunidad gay/lésbica debieran en realidad militar en sus filas, pero por estrategia mimética reproducen y difunden comportamientos represores o protagonizan extrañas piruetas en su intento de adaptación a un entorno hostil, como sucede con aquellas personas emigrantes que, una vez medio instaladas, votan a Le Pen, por poner un caso, reproduciendo el miedo sufrido en sus propias carnes; pero si esto sigue sucediendo es porque fallan los mecanismos sociales y políticos que debieran posibilitar no la tolerancia, que es una especie de concesión graciosa y caritativa, sino la plena igualdad de todas las personas que integramos nuestras sociedades y que

somos semejantes, eso sí, en deberes.

Mientras esto llega, y como ya hay realidades tan evidentes que no se pueden obviar, el discurso conservador al respecto se ha actualizado, ya no nos condena a la hoguera, pero arguye que, como gozamos de libertades individuales, los aspectos relativos a la orientación sexual deben permanecer en el ámbito de la más estricta intimidad: es algo personal e irrelevante, que en una sociedad civilizada no tiene por qué airearse. Aquí, como somos más chulos que un ocho, arribamos de repente a la posmodernidad, viniendo como veníamos de la cutrez absoluta, y prescindiendo de otras fases intermedias y necesarias: cómo puede normalizarse o reclamar derechos alguien que no existe, o no se deja ver. Otro argumento esgrimido por cierta progresía es el de que todas las personas somos bisexuales, o pansexuales, y que es una limitación el etiquetado y la clasificación que restringe y condiciona nuestras vidas: pues bien, de acuerdo, esto puede que sea así, ojalá lo sea porque es enriquecedor, pero si lo es, actuemos todas y todos en consecuencia, que no se demande la apertura mental sólo a quienes no suscribimos las convenciones oficiales.

El próximo 29 de junio lesbianas, gays, bisexuales, transexuales y simpatizantes –que afortunadamente son legión– saldremos a la calle nuevamente para celebrar nuestro Día del Orgullo, culminación de una



Fotografía de Jesús Alegre

semana de actos en todo el Estado que poco a poco se ha consagrado, no sin esfuerzo, como una de las escasas fiestas y rituales laicos del país. Se trata de una cita política de primer orden, porque exigimos la plena equiparación de derechos y porque la transformación de la realidad por la que abogamos es sin duda revolucionaria; pero es también una cita lúdica, y sentimental, porque dejando de lado la miseria y la exclusión que durante siglos han padecido tantas personas, todavía nos emociona reconocernos así, con dignidad y a la luz del día, participes de algo hermoso, y por eso reímos y nos hacemos fotos sin parar, y también a veces lloramos cuando a la Puerta del Sol va llegando la avalancha eufórica de compañeros y compañeras procedentes de todo el Estado, porque en ese momento es como si toda la ciudad se convirtiera en una cariñosa cómplice que nos fuera a arropar para siempre. Y es entonces cuando, desde nuestra vieja acera de enfrente, nos imaginamos que un semáforo en verde da paso por fin a la libre circulación peatonal. ▲